

Quién cuidará de ti

Verónica Cervilla

Novela ganadora IV Premio Ripley de ciencia ficción y terror
para escritoras

«El 89 % de las personas cuidadoras de ancianos en España son mujeres. La mayoría de ellas son familiares de la persona dependiente (hijas o esposas). Las mujeres de menos de 65 años, especialmente las de 45-64 años, contribuyen con más de la mitad de todo el volumen de cuidado (medido en horas) aportado por todos los cuidadores, sin remunerar y sin recibir ayuda».

Informe de la Sociedad Española de Geriátría y Gerontología y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018. España

PARTE 1

LA SIEMBRA

Apestaba a lejía y amoníaco hasta el punto de picarle los ojos, pero Amelia sabía que no sería suficiente para doña Petra. Siguió frotando como le habían enseñado, con un trozo de papel de periódico mojado y agua con vinagre, para que el cristal de la ventana quedara reluciente y su casa pareciera la de una mujer de bien. *Esas cosas modernas no sirven para nada*, solía decir su madre cuando Amelia era una adolescente mientras fregaba la casa con aquel mejunje. Ahora tendría que oír lo mismo cada día, quién sabía durante cuánto tiempo.

Según la vieja, la casa siempre debía estar lista para cualquier imprevisto, incluida la improbable aparición del mismísimo rey de España. Amelia miró el reloj de reojo y se mordió los labios. Luego escaneó el pequeño salón como Terminator en busca de un asesino. *Habitación de uso común. Nivel mínimo de polvo. Alta concentración de necesidad de aprobación.* Quedaban sólo cinco minutos para que llegase la matriarca y parecía que iba a enfrentarse al examen de conducir con todas las demás convocatorias agotadas.

El timbre berreó y forzó a todo el mundo a ocupar su posición: los niños (a los que aún seguían llamando así a pesar de pasar de la mayoría de edad) al pie de la escalera que daba la bienvenida a la casa y Amelia en el quicio de la puerta sin poder remediar que el ojo izquierdo le temblara de forma intermitente como las alas de un colibrí. Tomó aire y se alisó la camisa. Las arrugas eran otra señal de dejadez. El timbre volvió a sonar como si lo apo-

rrearan con un puño. Amelia deslizó el cerrojo y su madre empujó la puerta con el brazo que no llevaba en cabestrillo. La bofetada de olor a laca anuló el aroma a productos de limpieza.

—Ya creía que se te había olvidado. Como nunca estás en lo que hay que estar... —soltó la anciana, sujetándose el brazo vendado mientras entraba. La curvatura de la columna no le impidió darse la vuelta y mirar a su hija por encima del hombro con sus ojos de detective.

—Estábamos haciendo limpieza y no escuché el timbre —mintió Amelia, cerrando la puerta como quien cierra la entrada al matadero.

—Hola, abuela —musitó Sofía sin entusiasmo.

—¿Te llevamos la maleta arriba? —se ofreció Eddie, más para quitarse de en medio antes de que estallara la guerra que para ayudar.

—Sí, anda. Ahora ya subo yo y lo coloco todo en condiciones. Necesito ir al baño antes.

—Te llevo, mamá.

—¿Qué vas a hacer, cogerme en brazos? —refunfuñó la anciana sin pararse—. Que me haya tenido que venir a vivir aquí no quiere decir que sea una inválida. Tú sigue con tus cosas, que aquí todavía huele a gato y yo no quiero molestar...

Ahí estaba, su frase favorita. Se suponía que Amelia tenía que reiterar que tenerla allí no era una molestia, eso hacían las buenas hijas, pero cada vez le costaba más pronunciar esa frase sin forzar una sonrisa como la de las calabazas de Halloween. *Sólo hasta que se le cure el brazo*, se dijo para tranquilizarse. Mientras su madre avanzaba arrastrando lentamente las zapatillas de goma por el suelo de terrazo y rumiando como si siguiera masticando algo del desayuno, Amelia se fijó en los pequeños ojos negros que lo escaneaban todo, el pelo blanco quemado por la permanente que seguía haciéndose una vez al mes y la mano torpe con la que agarraba el bastón que por fin se había dignado a utilizar. Aquella mujer achacosa la había parido hacía ya cincuenta años y

aun así le parecía una extraña. *¿Pensarán lo mismo mis hijos de mí cuando sea vieja?*

—No dejes que lo haga, mamá —dijo Sofía, que aún no se había movido de las escaleras, mientras tecleaba en su móvil.

—Al baño puede ir sola, ya lo has visto.

—No, que no dejes que te quite tu sitio —aclaró la joven, sin ningún cuidado en bajar la voz—. Esta es tu casa.

Quiso asegurarle que eso no pasaría, que ya era una mujer adulta hecha y derecha y que no iba a permitir que se le echara encima nadie. Sintió deseos de ir a por la vieja y decirle que se comportara, que ella establecía las reglas allí y que no dejaría que pusiera su vida patas arriba por mucho que las monjas le hubieran hecho repetir cada día de su infancia que honraría a su padre y a su madre. Quiso hacerlo, pero había aprendido otra estrategia familiar para esas ocasiones.

—Es tu abuela, Sofía.

Así se zanjaba el tema en esa casa. Ese y cualquiera que pudiera oler mínimamente a conflicto. Se metía bien cerrado en una cajita que se guardaba en un agujero oscuro del alma. Luego se le echaba una buena capa de tierra y, si era necesario, se le colocaba una pesada losa. A ver quién era capaz de volver a sacarlo sin armar jaleo.

Pero Sofía era como las malas hierbas y podía escabullirse debajo de la piedra más grande.

—Conmigo no cuentas —advirtió la hija—. Tú aguanta lo que quieras, pero yo a la vieja no le paso ni una.

Sofía tenía facilidad para soltar aquello que todos se esforzaban por no dejar escapar de sus bocas. Leía la situación y decía justo lo que nadie se atrevía a decir. No había aprendido a hablar antes de tiempo para callarse ahora. A veces acababa con una palmadita en la espalda y otras se le echaban encima como una manada de lobos, pero al menos tenía las agallas que a Amelia siempre le habría gustado poseer. Parecía que los genes de su padre se ha-

bían saltado una generación. *Ojalá estuviera él aquí en lugar de ella*, deseó Amelia con cuidado de no abrir esa cajita.

—La habitación de la música. —Amelia suspiró al entrar—. La hemos modificado un poco para convertirla en dormitorio. No es muy grande, pero para unos días servirá.

Al observarla resultaba evidente por qué la llamaban así. Los discos de vinilo se amontonaban en una esquina, al menos los que había podido recuperar Amelia después del divorcio, y el tocadiscos había desaparecido, probablemente relegado a una caja de cartón hasta que volviera a pintar la casa de melodías. En otros tiempos las canciones de Raphael y de Perales la habían decorado. Ahora la sala lucía gris y enfadada.

Amelia había sido cuidadosa en la forma de remeter las sábanas y de colocar la colcha (con un pequeño dobléz debajo de la almohada y no envuelta en lo que sobraba del edredón como hacían en los hoteles para no tener que cambiar la funda a menudo. Eso era de guarros y de doña Petra el vecindario podía decir muchas cosas, pero no que era una puerca). También colgaron un par de fotografías en la pared blanca que había junto a la cama. Una de cuando doña Petra era joven y uno de los vecinos consiguió una cámara para retratarla el día de la comunión de su hija mayor, y otra del padre de Amelia cuando volvió del servicio militar. ¿Qué le habría llamado la atención a ese joven de aspecto tierno y simple de una mujer tan estirada y seria? Amelia se preguntaba a veces si habría sido toda la vida así de insoportable.

—¿Y esas cajas? —preguntó la anciana, señalando un par de cajas de cartón desgastadas que había a los pies de la cama.

—Son cosas que quería que revisaras para ver si las deajo o las tiro —respondió Amelia, abriendo la ventana para que entrara la luz y se disipara el olor a laca.

Con sumo cuidado, la anciana se dejó caer en el borde de la cama y se agachó para rebuscar entre los objetos polvorientos.

—Pero si todo esto es mío. Fíjate, este es un vestido de mi madre —dijo, sacando lo que parecía más bien la sotana de un cura, seguramente de cuando la abuela de Amelia había guardado el luto por su marido—. Ay, mira. Estas son las jaulas de los pájaros que teníamos en la azotea.

—Las tiramos, ¿no? —sugirió Amelia, sabiendo que tentaba a la suerte—. Nosotros no vamos a tener pájaros.

—No mientras tengáis ese gato negro y feo. —La anciana levantó una jaula pequeña de color cobre—. Esto lo limpiamos bien y lo empaquetamos para que no se estropee.

—Pero, mamá, si no lo vamos a necesitar... ¿Para qué quieres tú todo esto?

—Porque son mías y punto. Cuando me muera, las tiráis. Pero ahora son mías.

Y esta casa es mía, quiso gritar Amelia y, como todo lo que tenía que ver con su madre, se lo tragó y lo empujó hasta los pies, a ver si así se esfumaba o le servía para andar un poco más alto.

—Bueno, pues lo guardaremos para que coja polvo.

—Ya me encargaré yo de que no sea así. ¡Mira, mira esto! —Doña Petra extendió el bastón para acercarse otra de las cajas—. Sácalo, que yo no llego.

Amelia obedeció y sacó un pequeño teléfono antiguo de color negro con dibujos dorados, de esos que tenían una ruedecita que giraba para marcar los números y un cordón enrollado que medía varios metros.

—El teléfono de tu padre. Cuando tuvimos línea por primera vez, quiso poner uno de estos porque decía que así parecía que era como el tipo ese alto de *Lo que el viento se llevó*. ¡Pónmelo en la mesita!

—Aquí no hay línea, mamá. No vas a poder usarlo —añadió Amelia y, mientras lo hacía, volvió a darse cuenta de que tenía que empezar a elegir sus batallas.

—No quiero usarlo. Ese teléfono se apagó cuando tu padre murió, y así se va a quedar hasta que me vaya yo al otro barrio. Pero lo quiero en mi mesita.

Pues dicho y hecho, como todo lo que pedía doña Petra. Ahora aquella habitación sí que era una tumba de reliquias de una familia con poca tendencia a desprenderse de los recuerdos o de dejar de controlar a los demás, aunque fuera después de muertos.

Desempacaron los pocos vestidos que había traído Amelia de su madre, que abarcaban el negro, el marrón y el gris, y entre las dos doblaron la ropa interior con exactitud milimétrica para colocarla por montones en el cajón. El silencio sólo se vio interrumpido por un sonoro maullido que parecía informar sobre quién era el verdadero señor del castillo.

—¡Sofía! —gritó Amelia inmediatamente—. ¡Llévate a Sombra de aquí!

Sofía sólo tardó unos segundos en aparecer, pero fueron suficientes para que Sombra saltara por una estantería y tirara varias de las fotos familiares que guardaban las cajas y que la anciana había ido colocando.

—Llévate a ese demonio lejos de mí —gruñó doña Petra.

—No es un demonio, abuela —respondió Sofía—. Pero sí que te protege de ellos. Ya sabes que los gatos guardan la puerta al infierno, ¿no? Yo que tú no me separaba mucho...

Y además de descarada, la niña a veces era graciosa. Amelia se tragó la risa que iba a escaparse de su boca. La guerra estallaría, eso era algo con lo que contaba, pero aún era pronto. Había que retrasarla lo máximo posible.

—¡Sofía! Sácalo de aquí, que ya sabes que tu abuela tiene alergia.

La joven agarró al felino y lo besó en la frente. Ya habría tiempo de jugar a cabrear a la vieja.

En la estación siempre hacía frío hasta que llegaba él. La pequeña se abrigaba, como le había dicho su madre, e incluso aunque fuera verano se llevaba una rebeca. Era difícil explicar a los adultos que lo que le congelaba el alma eran los bancos oxidados y desvencijados, los árboles cubiertos de malas hierbas, las paredes llenas de grietas y más grises que blancas ya y la quietud del abandono.

Siempre esperaba sola. No le importaba estar allí horas hasta que el hombre del bigote salía y avisaba de la llegada del siguiente tren. Entonces se ponía de pie y fruncía el ceño con impaciencia. Cuando los vagones se detenían, sus pulmones tomaban aire por la incertidumbre y la soltaban con un suspiro de alivio cuando lo veía bajar con su bufanda verde y su sombrero marrón.

—¡Papá!

Así era cada día. ¿Por qué esa maldita mañana era distinta? No dejaban de bajar hombres serios que correteaban como hormigas subiendo por un árbol y alguna que otra mujer que los acompañaba, agarrada del brazo con pinta de acabar de masticar un caramelo amargo. Pero su padre no apareció. Amelia lo esperó, gritó su nombre y corrió a fijarse en la cara de aquellos pasajeros, deseando que alguno de sus sombreros escondiera esa cara redonda de ojos saltones que había ido a buscar, pero no encontró nada familiar.

Se asomó a la vía del tren, por si lo veía a lo lejos, caminando por el borde y silbando.

—¿No te dije que lo esperarás en el banco? —escuchó decir a su espalda—. Al final, te vas a caer.

Su madre siempre la observaba, expectante por que cometiera el más mínimo error para cebarse. Ya casi se había acostumbrado a eso. Lo que no vio venir fue el empujón que la hizo caer de bruces sobre el áspero hierro. Mientras lloraba mirando desde abajo a su madre, impertérrita, la bocina del siguiente tren que se aproximaba a toda velocidad hacia ella ahogó sus gritos de terror.

Ese sueño era nuevo. Lo de echar de menos a su padre no tanto. Amelia no sentía que aquella niña hubiera cambiado demasiado, pero el espejo al que se asomaba por la mañana cuando aún el sol no se había despertado le ofreció argumentos sólidos para afirmar lo contrario. Las raíces blancas ya le asomaban por el borde del cabello y no había forma de disimular las bolsas debajo de los ojos. Esos ojos que ya estaban llenos de arruguitas a los lados, aunque en el fondo se empeñaban en seguir mirando el mundo a través de los mismos cristales de una niña.

¿Morir en un sueño era algo positivo o todo lo contrario? Menos mal que tales curiosidades ya podían cotejarse en esas páginas de internet llenas de tarotistas dispuestos a echar una mano con los misterios de la vida. Antes no hubiera hecho caso de semejantes tonterías, pero esa parecía ser una de las cosas que cambiaban con la edad. Cuanto más la acechaba el pensamiento de desaparecer de la faz de la tierra, más fuerte se aferraba a la idea de algo más, otras vidas, otras energías, otros mundos. Una segunda oportunidad, quizás.

«La muerte de uno mismo en un sueño nos vaticina un gran cambio», decía la primera referencia de búsqueda. ¿A cuál de ellos se estaba refiriendo? ¿A la separación forzosa del hombre que la había machacado durante veinticinco años o a la presencia de la única mujer que tenía poder para hacer retroceder el tiempo y hacerla sentir de nuevo como aquella niña desvalida e inútil?

«Si el sueño se produce en una persona mayor, puede ser una señal de la preparación para su propia muerte.» ¿Mayor de cuánto? ¿Y por qué tenía su madre que decir la última palabra hasta en sus propios sueños?

El desagüe de la ducha no iba a tragarse sus pensamientos, pero al menos el ruido del agua los acallaba un momento. Salió del baño a medio vestir y con prisa por disfrutar de un café antes de que la casa despertara, pero el silencio se quebró con el ruido de los trozos de cristal rotos en el piso de abajo. Corrió por las escaleras, deseando que fuera Sombra haciendo de las suyas, y luego recordó que había alguien con más ganas de marcar su territorio.

—Mamá, ¿qué haces levantada tan temprano? —le dijo Amelia en un grito susurrado mientras se agachaba para recoger los pedazos del suelo.

—¿Y qué quieres que haga? No me puedo quedar en la cama todo el día.

—Me podías haber dicho que querías desayunar. —Amelia tiró los restos al cubo de la basura y sacó otra taza—. Ya sabes que no debes mover el brazo. Así la recuperación te va a durar meses.

—No te preocupes que no voy a molestaros tanto tiempo. Además, esas tazas no deberían estar tan altas. Con todos los armarios que tienes en esta cocina...

—Ahí es donde siempre las hemos tenido.

—Podrías colgarlas con esos ganchitos que venden —sugirió doña Petra entre dientes, tomando asiento en un taburete—. Como tu hermana...

Qué curiosa habilidad poseía para robarle un poquito más la autoestima que le quedaba. Amelia tragó saliva, encendió la cafetera y se guardó otro «Pero esta casa es mía» en la misma cajita de siempre, que ya rebosaba.

—¿Has dormido bien? —preguntó, arrepintiéndose segundos más tarde de ponérselo tan fácil a la vieja.

—Bueno, todo lo bien que puedo dormir con el brazo así. Una sabe que no está en su cama y ese gato se empeñó en arañar la puerta a las tantas.

—Sombra suele dormir con Sofía —apuntó Amelia, preparando dos tazas para el café. No había caso en discutir que la cafeína y los medicamentos para el dolor no eran una combinación recomendada—. Seguramente era su puerta la que arañaba. Azúcar moreno, ¿verdad?

—Es mucho más sano, ya lo sabes. Oye, ¿y no vas a hacer café para ellos?

—¿Para quién?

—Pues no sé, ahí en el salón estaban. Será que querrán desayunar con nosotras...

Amelia estaba segura de que Eddie no iba a levantarse temprano un domingo a no ser que fuera el apocalipsis, y aun así lo dudaba, y Sofía seguramente se habría ido a correr como de costumbre. Su filosofía desde los dieciséis años había sido desaparecer de casa el mayor tiempo posible. De todas formas, se asomó al salón de puntillas por si su hijo se había quedado dormido viendo alguna de sus películas coreanas que nadie entendía salvo él. La luz que traspasaba las cortinas rojas hacía bailar la penumbra por toda la habitación en un espectáculo de sombras chinescas. No había nada, excepto silencio y amanecer.

—¿No quieren nada entonces? —volvió a preguntar doña Petra mientras mordisqueaba una galleta.

—Mamá, los niños no están ahí. Sofía se habrá ido y...

—Claro que no están —interrumpió la señora—. Es domingo. —Bajó la cabeza, como si eso le hiciera bajar el volumen—. Por eso no sé qué hacen esos hombres en tu casa. Pero al menos dales de desayunar. No queremos levantar sospechas.

Esa era buena, lo admitía. Hilarante. Ahora también se inventaba cosas que echarle en cara. ¿O no? Porque sonaba bastante

convencida. Amelia sacudió ese pensamiento. Prefirió sorber su bebida y pensar cómo iba a entretener a su madre un día entero sin acabar teniendo una crisis de ansiedad. El domingo se preveía largo y doloroso.

La mañana pasó como un suspiro entre escobas, coladas y fregonas. El día en el que Dios descansó, las mujeres seguían trabajando, era ley de vida. No es que limpiar fuera su pasatiempo favorito, pero encontraba cierta paz en despojar la casa de gérmenes, en intentar poner algo de orden, aunque sólo fuera en las estanterías del salón. Doña Petra se quedó en la butaca que había cerca de la ventana tejiendo algo de lana, como si fuera una de esas abuelas de los cuentos que esperan que su nieta le trajera una cesta con pan y queso. Se mordía el labio cada vez que miraba a Amelia pasar el trapo y resoplaba. Pero Amelia no dijo una palabra. Se trataba de ver quién se rendía primero.

En una de las veces que Amelia salió a llenar el cubo de agua, la anciana se levantó, rumiando palabras y frunciendo el ceño. Agarró el trapo con el que su hija había limpiado los cristales y lo tiró al suelo. Luego sacó un trozo de papel de un sobre que había al lado de la tele, lo arrugó y pulverizó un poco de limpiacristales. Se subió a una silla con dificultad y empezó a frotar la puerta de la vitrina.

—Mamá, ¿qué haces? Bájate de ahí, que eso acabo de limpiarlo yo —le gritó Amelia al entrar, dejando en el suelo el cubo que traía.

—Calla y déjame, que yo sé lo que hago —replicó la vieja, sin siquiera voltear la mirada.

Aquello fue una bofetada que devolvió a Amelia a su infancia. Era la niña de siempre embutida en el cuerpo de una cincuentona. ¿Por qué le permitía reinar en su castillo? Se acercó a la anciana con los puños cerrados y mordiéndose la lengua.

—Que te bajes te he dicho. ¿Quieres volver a caerte?

Amelia la agarró del brazo y tiró hacia abajo despacio.

—Déjame, que vas a hacer que me caiga—protestó la anciana.

—Baja o llamo a Elisa para que venga a por ti —la amenazó. Y normalmente surtía efecto porque su hermana tenía ese poder que ella jamás llegaría siquiera a atisbar—. ¿No me oyes? ¡Que te bajes!

—Eso estoy intentando...

—Venga, pues muévete. Agárrate a la silla y baja.

—Me estoy moviendo, ¿no lo ves?

Pero no, no se estaba moviendo. Su madre seguía erguida con la bola de papel en una mano y el puño cerrado en la otra. La pierna derecha le temblaba como si se le estuvieran acabando las pilas a un juguete. La otra permanecía recta, sin que le perteneciera.

—Mamá, déjalo ya. No seas cabezota y baja.

—¡Eso intento!

Y por primera vez en su vida, Amelia vio lágrimas de desesperación asomarse a los ojos de su madre. Era ella la que volvía a ser una cría desamparada en mitad de la estación del tren, gritando que alguien le diera la mano para salir de la vía.

—¡No me puedo mover! —sollozó entre jadeos—. ¡No puedo mover la pierna!

—Dame la mano —dijo Amelia, pero no esperó que su madre lo hiciera, simplemente se la cogió—. Venga, respira. Tranquilízate.

La pierna seguía moviéndose ligeramente con un nervioso tic al compás del segundero del reloj.

—Respira. Cálmate. No tenemos prisa...

Tic tac. Tic tac. Tic tac.

Y de repente, la rodilla se dobló y la anciana puso un pie en el suelo y luego el otro.